

comprende á todos? Nos precipitábamos por los costados de la montaña como furias desencadenadas; pero furias que en lugar de maldicion y de terrores, no traían consigo mas que la locura y la alegría. Apenas algunos minutos habian pasado y estábamos ya en la base del cono.

Antes de montar otra vez en nuestros caballos, desenterramos de la ceniza algunas plantas delicadas para trasladarlas vivas a un suelo menos ingrato: desgraciadamente se cayeron en el camino y se perdieron. Salimos en fin del valle sombrío: de cuando en cuando volvía la cabeza para contemplar al viejo Vesubio, ese laboratorio de la naturaleza, donde es permitido al hombre aproximarse á las fuerzas primitivas. Una imágen triste y desnuda se levanta delante de la mirada, con colores de otro mundo, con una majestad imponente y terrible: se cree uno trasportado a la época en que la raza pecadora no habitaba este suelo que encerraba en su seno los gérmenes de la vida, y en que la suave masa de arcilla no habia sido tocada aún por el aliento omnipotente. El espíritu de Dios parece volar sobre la tierra y las aguas, meditando sobre la materia inerte antes de pronunciar la palabra de vida, el *fiat* creador que debia resonar como un trueno a través de la naturaleza. El Vesubio es una porcion del caos que sobrevive, sin otro color que el gris pálido y muerto que es el tinte fundamental de todas las cosas.

Esto nos enseñan aquellas épocas primitivas en que nos hace pensar la montaña gigante; pero al mismo tiempo nos permiten levantar el velo del porvenir. De la misma manera que Dios ha creado, destruirá; de la misma manera que los diferentes colores han sido engendrados por el gris, estos colores admirables, testimonios vivos de la mirada omnipotente, se borrarán un día para volver al tinte fundamental. Como el fuego purifica, como la naturaleza ha salido del humo y de las nubes, tan hermosa que Dios mismo se ha complacido en su obra y ha dicho: «es buena,» un día vendrá en que las nubes y el humo sustraerán de nuevo el viejo globo podrido, de la mirada fecundante del Creador. Poseídos de estos pensamientos temibles, pedimos un asilo en la pequeña iglesia de la Ermita, para implorar en ella el perdon de nuestros pecados. Cuando toda la concurrencia estuvo reunida, el capellan

nos dijo la misa, y volvimos á emprender el camino de Resina a través de ricos viñedos. El cielo se habia despejado, la perspectiva era aun mas risueña que por la mañana: en medio de una verdura incomparable y bañada por las luminosas olas de la mar, Nápoles aparecia en toda su magnificencia a nuestros ojos deslumbrados.

Gozosos y satisfechos de nuestra expedicion, descendimos el camino al galope. Aquella alegría fué suspendida un instante por el tránsito de un muerto á quien llevaban en unas angarillas descubiertas, al bonito cementerio de Resina: como aquí todo se hace francamente y al aire libre, el despojo de los muertos entre las clases populares, no es aprisionado en un ataúd. Rendidos de cansancio y con nuestros vestidos singularmente maltratados, llegamos a la barca que nos esperaba en Portici para conducirnos a la fragata. Apenas tuve tiempo de tomar algun reposo, cuando me fué preciso ponerme el uniforme, para asistir en Capo di Monte a una comida de familia en confianza con mi tia y mi prima. El dia era espléndido y caliente: la ciudad irradiaba con un orgulloso esplendor.

Nos esperaba un coche en la escalera de Santa Lucía: en él nos refugiamos, atravesando un enjambre de figuras humanas de las mas extravagantes, y ensordecidos ya por el tumulto de la multitud. Es necesario ir á Nápoles para formarse una idea de esta algazara perpétua, de esta incesante agitacion.

Ayer, la calle de Toledo, con sus aspectos tan variados y sus escenas tan extrañas, me ocupó de tal manera que olvidé mencionar el Palacio Real y la plaza que se extiende delante de él; sin embargo, este palacio, en el punto de vista de la arquitectura, es el monumento mas curioso de la ciudad. La fachada que mira a la plaza es de piedra gris y ladrillo, y tiene un carácter imponente: bajo el balcon de en medio se extiende una ancha calzada custodiada por militares de diferentes cuerpos. Las flores de lis, este adorno tan prodigado en Nápoles, aparecen aquí en todas partes como puntas de lanza, destinadas a rechazar y a retirar la multitud, y os advierten que la rama antigua lateral de los Borbones, cuya rama principal está próxima a extinguirse, reina todavía en estos lugares. Todo, desde el objeto mas grande hasta el mas pe-

queño; desde el Museo Borbónico, hasta la última garita de un centinela, y hasta el pedazo de mantequilla elegantemente modelado del dinástico *Café de Europa*, está revestido con el real emblema, que parece haberse elevado, gracias a la influencia borbónica, desde el simple adorno del «lirio de los campos» de Salomón, hasta los esplendores de las más altas dignidades. Aunque se haga aquí un grande abuso de esta flor, yo no dejo de apreciar estos emblemas que son un noble adorno y testifican un antiguo poder.

Enfrente del palacio se eleva una grande iglesia coronada con una cúpula griega y enlazada por ambos lados a vastos pórticos que circundan una parte de la plaza: fué construida en *ex voto*, por Fernando I, cuando recobró sus Estados, de que los franceses lo habían despojado. Enemigo como soy del estilo griego aplicado a la arquitectura cristiana, esta iglesia me desagradaba por su destino: como edificio pagano, no se le puede negar una imponente armonía y que es un admirable ornamento para la plaza que domina. A la derecha está otro palacio pequeño que sirve de mansion a los príncipes extranjeros que vienen de viaje: en él me habían destinado un departamento; pero preferí mi cómoda habitación flotante. Por otro lado se levanta el palacio del duque de Salerno, al que han hecho célebre su situación y sus agradables jardines: desde la mar se le vé dominar los techos con sus masas de verdura. No habiendo dejado mi tío heredero varón, esta morada deliciosa ha vuelto a poder de la corona, a su muerte. Hay en medio de la plaza dos estatuas ecuestres de Carlos III y de Fernando I, que han adquirido ya ese color un poco vago, gris azulado, que el arte humano no puede imitar y que solo el cielo y los años pueden dar al bronce.

Atravesando de nuevo la ruidosa calle de Toledo, con su agitación y su vida, llegamos a la altura de Capo di Monte, cubierta con rica verdura. En una encantadora comida, *en la intimidad*, hicimos recuerdos del tiempo antiguo, trajimos a la memoria la dulce vida de otras épocas, y aunque esto produjo alguna tristeza y amargura, no dejamos de estar contentos y satisfechos: ¡los corazones que se comprenden laten en armonía lejos del país natal! Tuve que responder sobre mil cosas, é hice a mi vez mil preguntas sobre mis parientes de Italia: muchos pensamientos afectuosos

fueron consagrados a difuntos queridos; muchas horas alegres nos vinieron a la imaginación y fueron celebradas de nuevo. Después de comer recorrimos las grandes habitaciones desiertas del palacio. El gusto y la comodidad, la vida y la propiedad para los usos domésticos, están desterrados de estas piezas inmensas: en todas partes las líneas y la estirada ornamentación de la época imperial francesa han borrado el carácter original de los tiempos pasados, y han descompuesto las hermosas proporciones del interior.

Hay en el palacio una galería de cuadros extranjeros, destinada a fomentar el arte napolitano, demasiado debilitado: representan objetos terribles, tomados de la mitología y de la historia antigua; héroes y heroínas espirando; anchas heridas y deformes cadáveres cubren las paredes del desgraciado *Castillo de Verano*, que no parece tener otra relación con estas repugnantes cosas que el traje singularmente ligero de los personajes, propio a la verdad para la estación más caliente: en mi vida había yo visto semejante colección de desnudeces, y ¡qué triste pintura! A juzgar por aquellas muestras, el arte ha caído hasta muy abajo en el hermoso reino.

Mi tía me invitó a dar un paseo en coche con ella y con su hija. En medio de un campo hechicero, entre hermosas calzadas y risueños jardines, subimos sobre la altura de Capo di Monte a la *Villa Regina Isabella*, propiedad de la reina madre, y célebre por su admirable situación. Siguiendo una larga calzada limitada por adelfas, rosales y parras, llegamos á una plataforma descubierta, sobre la que se eleva una casa de estilo greco-romano. Bajamos del coche para entrar al patio: nos recibió un ente macilento y enflaquecido, envuelto en una bata verdosa, y que por su tonsura y sus zapatos dejaba conocer que era el capellán de la casa. Nuestra llegada turbaba visiblemente su indolente reposo: nos condujo, atravesando las bonitas piezas del piso bajo, á un terrado, desde donde se disfruta sin duda de una de las más bellas perspectivas que existen en el mundo: es uno de esos puntos maravillosamente escogidos en que la mirada no emplea su admiración en los detalles del cuadro; pero en que todas las seducciones, todos los efectos de luz se reúnen y se confunden en un conjunto armonioso, que ejerce en el alma un encanto irresistible.

Desde un terrado superior a donde nos llevó después nuestro

tonsurado guía, el panorama es aún mas extenso. Del mismo modo que las últimas obras de un artista arrebatado por la muerte en el apogeo de su grandeza, son las mas hermosas y las que se ven mas impregnadas con su genio y su alma, el sol nunca derrama tintas mas vivas, colores mas brillantes y encantadores, que cuando va a desaparecer y deposita su último beso sobre la tierra; al declinar posee el secreto de despertar una vaga y lánguida aspiracion y de suscitar en el corazon del hombre un ardor que le impulsa a lanzarse sobre sus huellas; deja trás de sí una firme esperanza, un imperioso deseo de ver aparecer de nuevo su imágen radiante; porque el aspecto de la muerte en este mundo, hace nacer la ansiosa esperanza de la resurreccion en otro. Una tarde semejante, misteriosa y sublime, transfiguraba con sus matices dorados el hermoso golfo de Nápoles.

La villa está situada en un lugar elevado y descubierto; delante de él el terreno desciende a pico hasta la mar, y esta posicion es la que hace tan grandiosa la perspectiva. Un vapor azulado envolvía al Vesubio y a las pintorescas montañas de Sorrento; al pié de ellas brillaban como otras tantas perlas en una concha bañada por las olas las aldeas y las ciudades, y la fértil llanura se extendía como un rico tapiz entre Nápoles y aquel fondo del cuadro. Los últimos rayos del sol doraban aún los techos y las cúpulas de la gran ciudad coronada de villas, y las alturas del Pausilippo sembradas de jardines. Tras de nosotros se elevaban las colinas de *Camaldoli* con su famoso monasterio; a nuestro frente un palmero balanceaba muellemente su cima majestuosa, a nuestros piés se desarrollaban la Chiaja y los bosques de verdura de la Villa Reale que iban á perderse en el inmenso y límpido espejo de la mar. Cuando uno se abisma en la contemplacion de esta perspectiva encantadora; cuando se admira esta naturaleza siempre jóven, en que la fresca verdura de Europa se mezcla a la vejetacion exuberante de los Trópicos; cuando se ve este ardor de la luz meridional y este brillo incomparable del cielo de Oriente, se piensa en el altivo adagio de los napolitanos, y uno repite dentro de sí mismo: *Napoli è un pezzo del cielo caduto in terra.* «Nápoles es un pedazo de cielo caído en la tierra.»

Las habitaciones de la Villa Regina tienen el sello de una exis-

tencia en partida doble: dos mundos estuvieron aquí reunidos que deben respetarse mutuamente cuando están separados; pero que forman una asociacion desagradable y discordante cuando se encuentran confundidos. A la muerte del difunto rey, su viuda la reina Isabel, se casó con un hijo del país, despues de lo cual, en lugar de retirarse con su nuevo esposo á algun rincón del mundo, compró esta bonita casa para vivir en ella con un pié en la corte y otro en la vida privada. Quería gozar del descanso y los placeres de una mujer comun, sin renunciar al brillo de la grandeza real. Hace poco ha muerto dejando esta mansion del capricho á su marido, que está sirviendo todavía como coronel en el ejército de su hijastro y que vive en el cuartel. La *Villa Regina Madre* esta ahora desierta, y no recibe la visita de su propietario sino en raros intervalos. Producía en mí un efecto singular ver en la casa de un particular los retratos de las mas familiares cabezas de príncipe de Europa. Las comodidades que se han procurado en todas partes no han borrado aún el carácter del antiguo esplendor. Entre los muebles preciosos que se conservaban allí, observé con admiracion una especie de trono de rica tela de terciopelo con franjas de oro; pregunté su origen al capellan que nos acompañaba, envuelto con una franqueza enteramente italiana en su mala bata, aunque bien debía saber quiénes eran mi tia, y mi prima; y me respondió que aquel mueble habia sido regalado a la reina madre por la señora *Roschilde*: tuve que hacerme repetir muchas veces este nombre, que sonaba de una manera extraña en lábios italianos, para reconocer al fin su designacion hebraica.

En el piso inferior de la casa, se encuentra una especie de coleccion universal, un pequeño museo en que se vé un poco de todo y nada en suma, que sea bastante notable. Dimos las gracias á nuestro guía por la complacencia con que nos habia conducido, y volvimos a montar en el coche para continuar nuestro paseo.

Hice entónces conocimiento con uno de los principales ornamentos de la ciudad, con los anchos caminos que se extienden sobre las alturas de Capo di Monte; son obras del rey actual que los ha adornado con hileras de árboles, cuyo follaje se eleva formando magníficas glorietas. Recorriendo aquellas calzadas gigantescas, se creeria uno fácilmente en algun parque inglés, mas bien que

en los caminos de los alrededores de una ciudad: ¡qué noble lujo para un soberano rodear su residencia con una verdura tan hermosa! Era el día del descanso: la vida se ostentaba en todas partes; el pueblo se agitaba en el placer y la alegría, la algazara de las calles llegaba a nuestros oídos. Los carruajes populares se cruzaban en todos sentidos: son simples carretas de dos ruedas, que contienen una reunión de doce ó catorce personas llevadas al trote por un infeliz caballejo; los representantes de las clases más diversas se ven allí amontonados: en la masa confusa de viajeros se percibe el tricornio gigantesto de un ministro de Dios, la bandolera reluciente de un soldado suizo, los listones de color de una calabresa, la gorra encarnada de un lazarone, el abanico siempre en movimiento de alguna vieja de la ciudad. En cuanto al problema de hacer caber catorce personas en un vehículo destinado primitivamente para contener cuatro, se resuelve como ya he dicho: en las banquetas del coche, en lugar de ponerse las gentes de dos en dos, se encajan hasta cuatro, el cochero se agita sobre la lanza, y junto a él la juventud se acomoda como puede en las varas; los estribos no están desocupados, tienen el ancho de un pie y esto basta; hay quien vaya en ellos haciendo ejercicios de fuerza, de gimnástica y de equilibrio: detrás de las banquetas con la espalda vuelta al tiro, va uno muy bien colocado para admirar el paisaje que huye al frente, aunque es verdad que este goce se obtiene a costa de ir en un asiento demasiado estrecho. En fin, entre las ruedas y bajo el coche hay todavía lugar de que sacan partido: por medio de cadenas y de cuerdas se suspende un gran cesto que ocupan algunos viajeros que se hacen sacudir agradablemente. Se colonizaría una isla con la población de semejante vehículo, que podría dar soldados, sacerdotes, paisanos..... sin que faltaran los mendigos. Los clamores, el sonido de los cascabels y muchas veces el canto ó los alegres acordes de una música instrumental, anuncian desde lejos la llegada de estos curiosos carruajes.

Otras cien apariciones cómicas se encuentran en estas animadas calzadas: los *abbati*, sobre todo, admiran prodigiosamente al extranjero; mi sorpresa por esta profusión de trajes eclesiásticos, hacia reír a carcajadas a mi tía y a mi prima: un joven abate ca-

balgaba sobre un pobre rocinante con su gran tricornio, su sotana levantada y un azote de corto mango; otro conducía negligentemente un carruaje de dos ruedas. En el camino de Roma pasamos junto al *Campo*, hermosa y vasta llanura donde se dan fiestas militares; a la orilla ha mandado levantar la reina una pequeña construcción, donde puede asistir a las revistas. En la *Strada del Campo* pasamos cerca del Hospicio de Pobres, sobre el camino de hierro de Pompeya, para ir a los grandes muelles que se extienden delante de Nápoles. Gozábamos de la perspectiva admirable de la llanura y del Vesubio, cuyos contornos se dibujaban en el crepúsculo color de púrpura.

Caía el día cuando llegamos á la ciudad. Es la hora en que comienza una vida nueva y redoblada, en que la música y los alegres clamores parecen festejar la desaparición del sol. Millares de lucecitas aparecen por los muelles reflejándose en la mar, ó formando guirnaldas en honor de las diferentes fiestas titulares de las numerosas iglesias; se conmueve el aire con los fuegos artificiales, los cohetes se elevan en el firmamento, y ruedas provistas de luces de todos colores circundan a las madonas; los teatros abren a la multitud sus salas deslumbrantes, la voz chillona de los títeres llama a los lazaroni a los espectáculos populares, ciertos figones ostentan sus riquezas a la viva luz de las llamas palpitantes ó a la semioscuridad de las linternas sordas. El pueblo hambriento obtiene por uno ó dos *bajochi*, y los más malignos gratis, la facultad de pescar en un caldero de macaroni, y cuando siente lleno el vientre, saborea con delicia la vida ociosa, al aire libre, bajo la bóveda azulada, en la atmósfera voluptuosa de la noche.

Sobre la animación alegre de la ciudad, sobre esta vida ruidosa y agitada, se levanta calmada y pura en los cielos la luna llena y majestuosa, antiguo testigo de la vida nocturna de estas gentes, y contempla con dulce ironía ese ardiente delirio de los hombres, que con el brillo de sus lámparas innumerables y con su ruido atronador, pretenden conseguir, en esta mitad de la existencia consagrada al reposo, la luz y el movimiento del día. Las mil lucecitas se borran y no aparecen más que como débiles chispas ante la reina de las noches que cubre la montaña y la llanura con sus rayos misteriosos: ella conserva aún el rojo ardor que la ha-

cia tan bella cuando aparecia tras las brumas del Vesubio, de las cuales se ha desprendido para contemplar su claro é inmaculado rostro en el espejo tranquilo del vasto golfo; domina radiante en el seno del firmamento como una altiva y noble señora, segura de su victoria y de su imperio inviolable; y como la hermosura reviste todo con su prestigio, Nápoles por la magia de este astro encantador, alcanza el apogeo de su encanto nocturno.

La luna tiene la virtud maravillosa, no explicada y magnética, de envolver la naturaleza y el alma humana con un velo de plata, vaporoso y ligero. El sol es el astro de la vida fresca y nueva, del pensamiento ardiente; calienta y rejuvenece: a su desaparicion el corazon se siente transido de una vaga y lánguida angustia; pero la luna es el astro de los recuerdos y de la melancolía deliciosa: despierta los sueños del pasado, y en su puro y poético espejo pasan con lentitud y en contornos flotantes apariciones de tiempos felices que traen a la memoria dulces instantes, queridas imágenes que no deben aparecer jamás ó piensan en el silencio de su corazon en las que están ausentes. La luna es el lazo misterioso y vagamente presentido que une el presente al futuro y al pasado. Mira con una dulce languidez en el ojo que la contempla; sus melancólicos rayos acarician muchas tumbas frias, se deslizan de hoja en hoja sobre la hiedra de las paredes, para reposar moribundos a lo largo de muchas ventanas solitarias, para recordar a los que dentro están sentados, que en una ribera lejana ó en la mar inmensa, hay un corazon entristecido que sufre amargamente el mal del país.

¡Qué hacen semejantes ideas en la ciudad del placer y de la alegría! Los italianos no comprenden todo lo que puede sentir un pobre corazon aleman, a quien con frecuencia acusan de frialdad. Los que consumen su vida en el aturdimiento y la embriaguez, son quizá mas dichosos: ¡los felicito!

Consagré el fin del dia, ó mas bien, el principio de la noche, a una de las curiosidades mas famosas de Nápoles, al teatro *San Carlo*. Este edificio fué construido en el reinado del brillante y fastuoso Carlos III, que lo hizo acabar en el espacio de doscientos setenta dias, en 1738: la inauguracion tuvo lugar el dia de San Carlos, fiesta titular del fundador. Cuarenta años mas tarde fué pre-

ciso reconstruirlo, y en 1816, un incendio lo destruyó de arriba abajo. Fernando lo hizo renacer de sus cenizas sobre un plan nuevo y grandioso. Habitualmente se oye decir que San Carlo es el teatro mas grande de Europa: no he medido el número de piés y de pulgadas que contiene; pero desde mi entrada en la espaciosa sala espléndidamente iluminada, puedo decir que me pareció el mas imponente y el mas hermoso que he visto en mi vida. Seis pisos magníficos de treinta y dos palcos cada uno, están adornados con profusion de columnas y de ricos dorados, dibujándose sobre un fondo escaarlata. El foro es de una amplitud y una altura extraordinarias, se extiende a derecha é izquierda hasta los palcos, para formar una bóveda inmensa, cuya cima toca en la cumbre del mismo edificio. El dorado de los adornos ha perdido algo de su frescura, lo que da a la sala un aspecto mas majestuoso; los adornos están dibujados conforme al fastuoso gusto del siglo pasado; el alumbrado está en relacion con lo demás, y no tiene ese exagerado brillo de nuestros teatros modernos, que es tan dañoso para la vista.

Enfrente del foro, sobre la entrada principal se encuentra, bajo un magnífico dosel sembrado de flores de lis, el palco de la corte majestuosamente sostenido por dos palmeros de oro; sabido es que el palmero tiene la antigua forma de la columna egipcia. Desde este punto central y fastuoso, el lujo de los adornos irradia y se extiende por los innumerables palcos. En la izquierda de la entrada, muy cerca del foro, se han reunido cuatro palcos en uno solo para el uso de la familia real. Cuando algun príncipe de la sangre asiste al teatro, un soldado, conforme a la costumbre muy extravagante que reina hasta hoy, se adelanta sobre el foro con su fusil, y en presencia del público se dirige al augusto vástago, presentándole las armas, en cuya postura permanece con la vista fija, hasta que lo vienen a relevar, lo cual se verifica cada cinco minutos: yo distinguí perfectamente al centinela que esperaba detras de bastidores. Al observar semejante singularidad, el viajero no puede dejar de repetir el adagio: «Cada país tiene sus usos;» viejo proverbio que jamás se debería olvidar.

El teatro se llenaba más y más; en el patio y en la orquesta los abanicos se agitaban con un ligero sacudimiento; pero no vaya a

creerse que el bello sexo era quien se servía de ellos, no; eran las manos groseras de los hombres, a quienes el calor del país obliga a armarse con este instrumento de la coquetería femenil. La mas débil mitad del género humano se hallaba excluida del patio y de la orquesta; costumbre moral, cuya introducción seria de desear en otras ciudades. Dos cosas tienen necesidad de restauración en este teatro: el techo, decorado con figuras mitológicas, y la cortina que representa también una escena mitológica: las dos causan la impresión de esas viejas pinturas retocadas, guardadas en una bodega y sobre las cuales hayan tendido las arañas sus telas grises; mas, a pesar de estos puntos accesorios, el conjunto tiene mucho atractivo, y sin conocerlo, se siente uno impresionado por la imponente belleza de la sala. ¡Qué lastima, decía yo dentro de mí mismo, no poder trasladar este magnífico teatro a nuestra querida capital!

El noble genio del siglo de Luis XIV ha dejado sus huellas sobre estas paredes que levantaron las manos de sus descendientes y donde se respira algo del espíritu creador y fastuoso de aquel gran rey. Las obras que aquel espíritu inspiró han quedado en pie; pero el espíritu mismo desapareció con su época; y en cuanto a San Carlo, muy pocos monumentos conozco que sean dignos de comparársele. ¡Qué efecto admirable, si en semejante teatro resonasen derepente aplausos entusiastas, vivas patrióticos y los acordes ardentemente acogidos del himno nacional! Pero esta noche daban una de esas óperas italianas que me agradan tan poco; así fué que después de haber contemplado algún tiempo los esplendores de arquitectura verdaderamente real, me retiré agobiado de calor y rendido de fatiga.

Rada de Nápoles,  
11 de Agosto de 1851.

Apénas habíamos descansado algunas horas, cuando fué preciso ponerse de nuevo en camino. Con una soberbia mañana, nos dirigimos en chalupa al puerto interior consagrado á la marina de guerra, donde el conde Aquila, hermano del rey, nos esperaba á bordo del vapor la *Fieramosca*, para llevarnos á Gaeta. Aquila me recibió oficialmente sobre cubierta, rodeado de su estado mayor.

Yo no le habia visto nunca: es un hombre de pequeño cuerpo, un poco robusto para su edad, lo que no quita a su fisonomía la nobleza de facciones de los Borbones; manda en jefe la marina, y cumple sus deberes con un celo extraordinario, y conocimientos especiales y profundos. Ha tenido la fortuna de hacer dos viajes al Brasil: el segundo tuvo por objeto acompañar a su hermana la emperatriz, y traer a su propia novia, hermana del emperador. Durante mi permanencia en Nápoles, tuve ocasión de hacer con él un amplio conocimiento y de apreciar su talento y sus modales infinitamente agradables: su sencillez, llena de gracia y de atractivo, le atrae el corazón de todas las personas que se le acercan. Es marino hasta el fondo del alma, y tiene pasión por los caballos: sin haber estado jamás en Inglaterra, ha conseguido introducir la caza del zorro en el suelo napolitano. Lo que a mi modo de ver corona estas excelentes cualidades, es que no se descubre en él ninguna huella del carácter italiano meridional.

El *Fieramosca*, a pesar de su corta edad, tiene ya una singular historia. Encargado a Inglaterra por los revolucionarios sicilianos, Palmerston, cuando el gobierno de aquellos fué quebrantado bajo el fuego de las bombas reales, y ondeó de nuevo la bandera blanca sobre las murallas de Messina, no quiso dejarlo salir, bajo el pretexto de que no habia sido concluido hasta después de la derrota de los rebeldes; pero la firmeza del gobierno napolitano consiguió al fin recobrarlo como legítima presa de guerra, y es hoy uno de los mas hermosos buques de la flota real. Oficiales y marineros tenían un aspecto excelente, y el orden ejemplar que reinaba en todas partes demostraba el valor de la marina napolitana.

En la dirección del bauprés, se percibían los contornos indecisos de la montaña que domina a Gaeta; a poco las líneas se marcaron, se disipó el vapor de la distancia para no aparecer mas que como una gasa ligera, y no tardamos en distinguir algunos grupos de casas; la salida de rocas que sirve de base a la fortaleza, se mostraba claramente, y a sus piés, en el borde de la mar, se distinguía de las masas confusas. ¡Gaeta, asilo de los príncipes fugitivos, abrigo protector de las coronas vacilantes! Fácil es comprender mi impaciencia por ver aquella ciudad, cuyo nombre glorioso han inscrito en los anales de la historia, los acontecimientos del